

## ENTREVISTA

## EMILIO GUTIÉRREZ CABA

El influjo de Sarah Bernhardt en la sociedad sólo es comparable hoy al que suscitan las estrellas de fútbol

La última vez que los espectadores del Teatro Cuyás pudieron disfrutar de su magisterio escénico fue en la comedia de Terence Rattigan, *El príncipe y la corista*. Emilio Gutiérrez Caba comparte ahora escenario con Charo López en la obra *Sarah Bernhardt*, interpretando a Pitou, el fiel secretario que acompaña hasta el final de sus días a la diva más famosa del siglo XIX. El actor, que ha rodado más de ochenta películas y cortometrajes a las órdenes de Basilio Martín Patino, Carlos Saura, Pilar Miró, Mario Camus, Jaime Chavarrri o Pedro Almodóvar, entre otros, asegura que esta obra retrata verazmente una época, así como la vida de una mujer que causó una sorprendente e inaudita expectación en sus días como fue la actriz Sarah Bernhardt. Su influjo sólo es comparable hoy en día al furor que causan o suscitan las estrellas de fútbol en algunos sectores de la sociedad, señala Gutiérrez Caba.

El actor, que acaba de regresar de una corta gira veraniega por cuatro ciudades españolas, en la que ha interpretado la obra de Esquilo, *La Orestíada*, con dirección de Mario Gas, se ha enfrentado a textos de James Joyce, Shakespeare, Calderón de la Barca, Fermín Cabal, Álvaro del Amo, Juan García Larrondo... pasado y presente del gran teatro que siguen marcando una trayectoria personal, afianzada sobre una tradición familiar iniciada por su bisabuelo Pascual Alba, que se remonta a 1850.

Su personaje, Pitou, comparte los últimos días de vida y decadencia de la actriz, que encarna Charo López, con quien el actor confiesa haber conseguido una conjunción tremenda en el intento de lograr que ambos personajes cobren una vida y una humanidad creíble ante el público. Sobre Pitou, explica que además de criado y secretario, es un admirador devoto y fiel de la actriz, con la que en un momento determinado, dado su carácter excéntrico y soberbio, sufre muy graves problemas de comunicación y convivencia con ella. Pitou la cuida y la protege desde su racionalidad y, de alguna manera este personaje opera como una contrafigura de ella misma. Sus problemas nada tienen que ver con los de la fascinante vida que ha marcado a Sarah Bernhardt. Gutiérrez Caba admite que no he trabajado sobre el presupuesto del posible enamoramiento de Pitou con su señora. Probablemente lo estuviera. He incidido en los matices del sentido de la admiración y la devoción hacia el mito que, en definitiva, se pueden entender como otra forma de amor.

En ese anhelo por recuperar el tiempo perdido y luchar contra la decrepitud, estima el actor que radica buena parte de la modernidad de este texto de John Murrell, lleno de humor y delicadeza, ambientado en una época anterior a la Belle Époque y posterior a la primera Guerra Mundial, señala. Las decepciones sobre el paso del tiempo siempre han estado muy presentes no sólo en el teatro sino en la literatura y en la pintura. Esta obra también pone de manifiesto la poderosa fuerza de la fascinante personalidad de Sarah Bernhardt. Ahora, que existe la televisión, Emilio Gutiérrez Caba advierte que los grandes mitos del espectáculo y la cultura han sido sustituidos por futbolistas, toreros o personajes que no han hecho en la vida nada más que escandalizar de una manera absurda a una sociedad burguesa. No han añadido nada más. Sarah fue un modelo inimitable y una profesional de la comunicación, además de una actriz inteligente. Además de sus conocidos escándalos, también han quedado para la historia sus proyectos importantes sobre los escenarios.

Sobre la dirección de José Pascual, Emilio Gutiérrez Caba explica que ha respetado la definición del texto de Murrell, destacando la interpretación de los momentos y situaciones. Ha sabido llevar la personalidad de Charo López con mano maestra a donde desde un principio se propuso llevarla y, en mi caso, me ha animado para que entendiera la batalla íntima que Pitou libra contra sí mismo y el olvido. Ojalá hayamos conseguido, como señala José Pascual, que el teatro, el eterno y vertiginoso baile de máscaras, se haya convertido en metáfora de una huida hacia delante, de una hermosa tentativa de detener el tiempo.

